

LOPE DE VEGA, *Romances de senectud*, edición de Antonio Sánchez Jiménez, Madrid, Cátedra, 2018, 398 págs.

JOSÉ LUIS EUGERCIOS ARRIERO
George Washington University

De Lope y el romancero nuevo, que bien podríamos decir su romancero, parece que se ha escrito –y repetido– todo cuando cabría: es cosa, ya avisaba Antonio Carreira con cierta malicia y no poca verdad, al alcance de casi cualquiera. Pues bien, Sánchez Jiménez, que viene dedicando su tiempo y desvelos al Fénix casi desde los albores de una trayectoria investigadora, no lo es; y no se entienda lo indisimulado del elogio como *captatio benevolentiae* dirigida al reseñado, sino antes bien como constatación que quiere ser objetiva: si a escribir sobre Lope se mete cualquiera, acometer la edición de sus textos exige algo más. Decíamos que Sánchez Jiménez prácticamente nació a la filología como lopista, no en vano dedicó un doctorado a la autofiguración en la poesía lopesca, por cierto que bajo la tutela de Antonio Carreño; pero en el tiempo transcurrido desde entonces ha compaginado la crítica con el meticuloso oficio de editor, al que debemos *La Dragontea* o *El Isidro*, así como una valiosa edición crítica de los *Romances de Juventud* de Lope. A ellos se añaden

ahora estos *Romances de senectud* que lo traen aquí, y vendrán todavía los intermedios restantes, proyecto que actualmente le ocupa.

Juan Manuel Rozas acuñó el marbete *de senectute* para referirse a la producción del último Lope. Cuatro décadas antes había sido el propio Fénix, al frente de la primera generación poética del barroco pleno, esa que Montesinos llamó de 1580, el gran impulsor de la renovación del octosílabo asonantado, reservado hasta entonces para usos narrativos y cronísticos, alumbrando lo que conocemos como romancero nuevo. Definido ante todo por un estilo remozado, más lírico y fluido que el viejo tradicional, cuyo molde formal aprovecha para recoger en él la sensibilidad cortesana y el artificio retórico de la poesía barroca, su moda fue abrumadora; consagró a Lope y Góngora como abanderados de la renovación poética, conllevó el práctico destierro editorial de los romances viejos y terminó por cristalizar en la magna compilación del *Romancero general* de 1600. No termina aquí la historia del



romancero nuevo, pero en esta fecha, es decir alcanzada la madurez nuestros poetas, vio Menéndez Pidal la frontera entre dos períodos bien diferenciados. Montesinos la lleva hasta la publicación del *Laberinto amoroso* de Juan de Chen (1618) y la *Primavera y flor* de de Pedro Arias (1621): como fuere, los romances compilados y editados por Sánchez Jiménez se datan a partir de 1621, esto es no solo en la senectud de Lope, sino pasado ya el momento de mayor esplendor del género, y a casi cuarenta años de cuando escogió la máscara morisca de Gazul para contar sus amores con Elena Osorio. Ya no se difunden anónimos sus romances de boca en boca o en hojas volanderas, sino que los lleva a imprenta como propios e insertos en obras mayores, criterio que le sirve a Sánchez Jiménez para darle índice y estructura a su antología: romancero de la *Novelas a Marcia Leonarda (La Filomena y la Circe, 1621 y 1624)*, romancero de *La Dorotea* (1632), romancero de las *Rimas de Tomé de Burguillos* (1634), más el romancero de los tres códices autógrafos (c. 1626-1635) conservados por el duque de Sesa. Esta ordenación cronológica permite trazar una evolución en las inquietudes de un Fénix cada vez menos explícito en lo autobiográfico y, a la vez, más sutil e introspectivo, acaso más profundo.

Son, en total, sesenta romances, numerados en romanos para distinguirlos de los *Romances de juventud*, que en su momento numeró en arábigos; y arrancan del LXXIV para continuar la serie de los setenta y tres romances intermedios de madurez, cuya edición ya hemos dicho que prepara. Este propósito explícito de continuidad justifica aun más la tentación de comparar una y otra edición, nos referimos evidentemente a las dos ya disponibles para el lector. Al igual que en aquella, también ahora introduce Sánchez Jiménez cada romance indicando título, fecha, testimonios, trasfondo y estilo, pero en vez de añadir estos datos como paratextos prefiere ofrecerlos en los correspondientes índices de cada sección incluidos en la introducción. Es opción quizás más incómoda para la consulta y el estudio, pero ofrece a cambio una lectura más limpia que agradecerá sin duda quien acuda al libro sin otro interés que los textos mismos. De resultas, la introducción no es una secuencia de loas al uso, ni abunda en tópicos de sobra conocidos sobre la vida y obra del Fénix, sino que se ofrece como instrumento de carácter técnico que prescinde de citas y referencias ornamentales, y donde todo se encamina a una mejor comprensión de los romances: contexto, difusión, tradición

crítica y análisis. Es muy de agradecer, pues, que Sánchez Jiménez no se pierda en aventurar interpretaciones de esas que tan fácilmente surgen de la fascinación y prefiera presentarle al lector algo útil y práctico, que es lo que por encima de todo debería ser cualquier introducción, estudio preliminar o similar. En cuanto a la bibliografía, es completa, especializada, tiene en cuenta las ediciones y aportaciones eruditas más recientes y ya decimos que no peca de ornamental: de todo cuanto allí se lista se encontrará huella, directa o indirecta, en alguna parte del estudio, lo que le da solidez como tal y permite al lector cotejar fácilmente las distintas opiniones.

Yendo a la edición en sí, como texto base prefiere siempre las correspondientes *princeps* o, en el caso de los códices autógrafos, las versiones modernas más autorizadas de entre las disponibles cuando no se ha podido acceder al original; y, según es costumbre, moderniza en la medida de lo posible, esto es traduciendo la pronunciación áurea a grafías modernas y solucionando sus frecuentes alternancias gráficas, pero respetando todos aquellos casos que impliquen (*agora, ansí, sicuta*). Es, venimos de apuntar, convención bien asentada, y poco sentido habría tenido la reproducción paleográfica de

unos textos tan tardíos, bien pasada ya la llamada revolución fonológica del siglo de oro y asentado el reajuste de las sibilantes del español. Sí diremos algo sobre la puntuación, tarea esta que le compete siempre al editor moderno: la de Sánchez Jiménez es sobria y atinada, guía con agilidad la lectura y facilita la comprensión de los textos; pero, quizás por evitar los excesos de la sobrepuntuación, peca a veces de lo contrario, de cierta parquedad. Así, en el inicio del romance XCVII: «En una peña sentado / que el mar con soberbia furia / convertir pensaba en agua / y la descubrió más dura» (vv. 1-4) habríamos preferido poner entre comas la aclaración «con soberbia furia». Son todos casos de este tipo, que no afectan al sentido ni crean ambigüedades, y justo es reconocer que la puntuación a la moderna en textos poéticos tan extensos como los romances puede dar lugar a una sobrepuntuación de cierto engorrosa para el lector.

Esta tarea de modernización no va en detrimento del rigor ecdótico: a fin de cuentas, la edición se presenta como crítica y, a tal efecto, ofrece un exhaustivo inventario de fuentes y testimonios de cada romance, así como un valioso aparato crítico de variantes siempre a continuación de los textos: es el mismo sistema que siguió Sánchez Jiménez con los

Romances de juventud y nos parece el más adecuado para este tipo de ediciones, porque evita la siempre confusa mezcolanza de notas aclaratorias con notas críticas y de nuevo viene a preservar una lectura ágil y clara. La anotación a pie de página, reservada para aclaraciones, es profusa pero no abusiva, ni incurre en el exceso de explicar obviedades: las que así se lo puedan parecer a quien está familiarizado con los usos áureos quizás no lo sean tanto para el lector profano.

Terminaremos. Si no es este lugar para cantar loas a Lope, tampoco se las cantaremos a Sánchez Jiménez,

que en todo momento ha sabido ceder el protagonismo al Fénix y renunciar al impulso de hacer una edición *de autor*. Sí reconoceremos que con estos *Romances de senectud* ha puesto a disposición del gran público y la comunidad científica una edición excelente y necesaria que aúna el rigor positivista con una lectura amable tanto de los textos como del estudio previo. Son estas sus principales virtudes: una introducción útil, unos textos rigurosos y limpios. Poco más se le puede pedir mientras quedamos a la espera de esos prometidos romances de madurez que vendrán a completar el corpus lopesco.